

Ante el Congreso de Estudios Vascos

La capital de Navarra se dispone a celebrar el segundo Congreso de Estudios vascos con el fausto y la alegría que el acontecimiento requiere. Fausto y alegría para el pueblo pamplonés, que verá en las solemnidades del Congreso una prolongación de los típicos regocijos de las fiestas de San Fermín. Fausto y alegría para toda Navarra, cuyo nombre, de positivo valor histórico, recibirá un aumento de prestigio con la celebración del Congreso en su linda capital. Fausto y alegría que irradiarán a toda la región vasconavarra, porque el Congreso, organizado para realzar la personalidad de las cuatro provincias que se llaman hermanas, va a reunir en las aulas del Instituto de Pamplona las esencias espirituales de los hombres estudiosos de nuestro País, solícitos al llamamiento que a todos nos hace el anhelo de conseguir el mayor engrandecimiento de Vasconia y de Navarra.

Sean estas líneas mi salutación respetuosa y entusiasta al Congreso. Y no hay por qué regatear un anticipado, sincero y fuerte aplauso a la Sociedad de Estudios Vascos y a su Comité ejecutivo, por la fe ardiente con que hacen las cosas y por el escrúpulo con que proceden cuantos intervienen en la labor organizadora.

Descargada así mi conciencia, para que no se vea en lo que diga un prurito de censurar lo que hacen otros, quedo en plena libertad de exponer francamente lo que opino acerca de estos Congresos, lo que opino es que me parece mucho Congreso el de Pamplona, es decir, que acumuladas demasiadas cosas en el programa para que se pueda esperar algo eficaz, verdaderamente práctico, de las labores a que los congresistas vamos a dedicarnos.

La misma objeción me mereció el primer Congreso de Estudios vascos, celebrado en Oñate hace dos años. Lo que pudiéramos llamar el esqueleto de lo que fué ese primer Congreso, estuvo compuesto por estos elementos:

Seis secciones; Raza, Lengua, Historia, Arte, Enseñanza y Ciencias políticas y sociales.

Cinco conferencias generales.

Explicación de treinta y seis cursillos o lecciones, que en muchos casos fueron objeto de controversia.

Y aprobación de ¡doscientas cinco! conclusiones, muchas de ellas desdobladas de modo que casi permite considerar duplicado su número. Todo esto completado con diversidad de festejos de carácter popular.

Pero lo que se hizo en el primer Congreso era disculpable y hasta no había más remedio que hacerlo. Se trataba de una primera sacudida del espíritu de este país, compelido por la fuerza de los acontecimientos mundiales hacia la aurora del nuevo progreso científico y social. Se quería hacer una generosa demostración de que la mentalidad vasco-navarra bastante dormida, sentía vivas ansias de despertar con vigor. Las actividades intelectuales de navarros y vascos fueron convocadas en Oñate como se convoca a un vecindario para deliberar y acordar, en asamblea suprema, lo que más conviene a la salud del pueblo. Tenía aquel Congreso carácter explorador. Queríase sondear las almas, pulsar los talentos auscultar los corazones, medir la potencia ejecutora de las voluntades, conocer los rumbos más convenientes y los medios más provechosos de emprenderlos para lograr los resultados apetecidos.

Acudimos allí —teníamos el deber de acudir, creo yo— para afirmar la vitalidad primordial de un problema; de dos, si quereis; de tres, a lo sumo, y para consagrar a las soluciones que se considerasen más urgentes todas las energías, todos los alientos, toda la vida palpitante del país entero. Organizar ahora el segundo Congreso con la misma superabundancia de asuntos y de temas que el primero me parece ya caer en un defecto. El esqueleto de este otro alarde científico que va a congregarnos en Pamplona es no menos grande que el primero. He aquí las piezas que lo componen:

En los ocho días que ha de durar el Congreso (empieza en domingo y acaba en domingo) vamos a tener las siguientes cosas: Una misa solemne; inauguración de la Exposición de Arte; tres sesiones solemnes (la de apertura, la de conclusiones y la de clausura); inauguración del concurso agrícola; festival en la Plaza de Toros; desarrollo de 39 lecciones 12 conferencias; excursiones varias a las que se destina día y medio; procesión y «Te-Deum».

Además, el lunes, miércoles, viernes y sábado habrá reuniones de la Asamblea sanitaria y de la Academia de la Lengua Vasca. Y, sobre todo esto, tendremos conciertos de música vasca con el Orfeón pamplonés la Orquesta de Santa Cecilia y otros elementos muy valiosos, según reza el programa.

El tiempo de que se dispone para todo esto no permitirá asistir ni siquiera a la mitad de los actos proyectados. Habrá que de-

jar de oír y de ver muchas cosas, todas ellas muy interesantes, de seguro. Y el que no desperdicie un minuto de atención para presenciar el mayor número posible de ellas, saldrá ciertamente, indigesto del cerebro.

¿Se organizan estos Congresos para tener en ellos un motivo de reunirse y fraternizar varios días algunos entendimientos selectos del país vasconavarro? Si este es el fin, nada tengo que objetar. Pero no debe ser así, porque el nombre que lleva la Sociedad de Estudios Vascos (salida precisamente, del Congreso de Oñate para que actúe como órgano impulsor de la cultura de país) la obliga a funciones más elevadas. Si se quiere que estas funciones den sus frutos, prescindase de las personas y atiéndase no más que a los problemas. Dos o tres de éstos bastan y sobran para obtener todas las tareas de un Congreso.

La enseñanza primaria, la crisis de la vivienda y los seguros sociales (estos últimos como fuente de energías económicas para atender a los dos primeros), son estudios que están pidiendo a voces que se los acometa con resolución edificante. Cualquiera de ellos tiene suficiente trascendencia para reclamar nuestras solicitudes, sin que tengamos necesidad de entretenernos en divagaciones. Teorizan en la cosa más fácil del mundo. Poner en ejecución un plan bien concebido, ya es algo más difícil. Si de los cientos de conclusiones que se aprueben en el Congreso nos limitamos (hasta ahora esta es la tendencia predominante) a ensanchar, profundizar y embellecer los surcos armados de nuestra tradición y de nuestra historia, no podrá negarse que hacemos cultura. Hacer cultura es poner. es poner en función las facultades intelectuales para adquirir o difundir conocimientos. Pero si nadie podrá decirnos que no hacemos cultura, podrá decirnos que no hacemos progreso; podrá decirnos que: convertidos los ojos del espíritu hacia lo pretérito, no hacemos nada por esculpir el alma nueva de un pueblo con sed de engrandecimiento.

FIDEL M. URBINA.